

RELATO GANADOR
II EDICIÓN PREMIO LORENZO SILVA

A stylized illustration featuring a woman and a child in silhouette against a background of jagged, flame-like shapes. The woman is on the left, looking down at the child on the right. The background is composed of layers of jagged, triangular shapes in shades of blue, cyan, yellow, orange, and red, creating a sense of fire and heat. The overall style is graphic and modern.

INFIERNO

Lorena M^a Lucas Robles

INFIERNO

Hoy, como cada día, me suena el despertador para ir a clase. Me preparo y me marcho rápidamente para no perder el autobús. Sé que en apariencia mi vida es como la de un chico de doce años normal, sin embargo, no lo es. Una vez que hemos llegado al instituto, las puertas del vehículo se abren y todos los adolescentes de mi curso y más mayores bajan a toda velocidad chocándose unos con otros, por eso yo siempre me espero para salir el último. Camino solo por los pasillos sin esperar a que un amigo esté guardándose un sitio al lado suyo dentro del aula o sin tener la emoción de quien en breve va a ver a su gran amor. De repente veo el suelo aproximándose a mi cara y noto como cae todo el peso de la mochila sobre mi espalda. Alguien me ha empujado por detrás y ahora me da una patada. Levanto la mirada y un nerviosismo comienza a recorrerme todo el cuerpo. Escucho mi perdición transformada en risas. Necesito ayuda y no hay nadie más en el pasillo. Ahora me han tomado en peso y se dirigen a los aseos...no puede esperarme nada bueno.

Por fin ha acabado lo que parecía una tortura infinita. Estoy sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared, empapado, y no precisamente de agua. ¡Qué experiencia tan horrible! No sé qué ha sido peor: el hecho de tener la cabeza metida en un retrete o notar cómo el aire iba dejando de entrar en mis pulmones. Esto solo ha sido el principio de un largo día. Todas las mañanas se las ingenian para encontrarme y utilizarme como si de una rata de laboratorio se tratase. Digamos que experimentan conmigo para averiguar cuál es la forma más cruel de hacerle daño a alguien. Lo ven divertido.

A veces me pregunto por qué no me defienden e incluso intento llevarlo a la práctica. No obstante, cuando estoy frente a ellos me siento demasiado pequeño y mi

cerebro se bloquea. Es una sensación de auténtico pánico y creo que tienen un sexto sentido que les permite oler el miedo. Un día, me armé de valor y le conté a un profesor mi problema. En vez de ayudarme, se rió en mi cara y contestó que le daba demasiada importancia a un simple juego de críos. Tras presenciar su reacción, me marché de allí con lágrimas en los ojos y decidí no volver a hablar de ello con nadie. De algún modo que desconozco, "los demonios", así los llamo yo, supieron lo que había hecho y me dieron una buena paliza en compensación por mi osadía. Desde ese maldito momento comenzaron un ritual que consiste en tres encuentros diarios en los que hacen conmigo lo que les apetece. Por supuesto trato de evitarlos, pero acaban sorprendiéndome cuando menos lo espero. Me han humillado, han grabado y reenviado cómo me torturaban, me han pegado hasta sangrar y han protagonizado mis peores pesadillas.

Echo de menos la infancia, cuando los problemas eran un territorio desconocido para mí. Sólo puedo tener recuerdos felices de aquella época. Entonces creces y eres consciente de que el mundo no es como dicen en los dibujos animados. Descubres la maldad de las personas y sientes el rechazo por parte de los demás, como el de los que creía que eran mis amigos...

Suspiro. Ha comenzado a llover en mis ojos.

* * *

- Aquí tiene el informe que me pidió, señor.
- Gracias querida, buen trabajo.
- Me ha costado mucho, pero ha merecido la pena.
- Ya veo - contesta el señor González mientras lo observa minuciosamente
- . Vaya, querida, ¿qué te ha pasado en el brazo?- pregunta tras levantar la mirada y dirigirla hacia mí.
- Oh, ¿esto? No es nada - contesto con un tono lo más convincente posible mientras me bajo la manga de la camisa.

- ¿Estás segura? - insiste con una expresión preocupada.

- Sí, claro. Es solo que...anoche preparando la cena puse a calentar aceite en una sartén para freír unas patatas. Cuando las eché, me salpicó y me quemé. De todas formas ya estoy mejor - vuelvo a mentir.

- Bueno, en ese caso lleva más cuidado la próxima vez.

- Descuide, lo tendré. Creo que debería continuar con mi trabajo.

Camino con toda la naturalidad que soy capaz hasta mi despacho y finjo estar escribiendo algo importante en el ordenador. Es duro tener que sonreír y quitarle importancia a mis heridas. Aun así, ya estoy acostumbrada. Son tantos años los que vivo de esta forma.

A veces simplemente olvido el por qué de todo y es ahí cuando lo recuerdo. Tenía diecisiete años. Acababa de graduarme y me fui de fiesta con mis compañeros de clase a una discoteca que había a las afueras de la ciudad. Estuvimos bailando y bebiendo toda la noche. Realmente fue un descontrol, pero era lo que nos gustaba a los jóvenes. Estando allí conocí a un chico unos años mayor que yo. Era alto, atractivo y sabía cómo llamar mi atención. Nos intercambiamos los números y en los días siguientes empezamos a hablar por teléfono durante horas o quedábamos en algún bar. Pasado no mucho tiempo me di cuenta de que estaba enamorada. Su risa, su mirada, su forma de expresarse...todo era perfecto en él. Poco después supe que el sentimiento era mutuo.

Salimos durante tres años. Al tercero me pidió matrimonio y, a pesar de que todavía estaba estudiando, no dudé en contestarle con un sí. La boda y la luna de miel fueron maravillosas. Al terminar el último año de carrera, aprobé la oposición con creces, así que pronto obtuve una plaza para trabajar. Hasta entonces todo marchaba bien, o eso parecía. En alguna ocasión discutíamos, aunque no le di importancia. Al fin y al cabo las parejas discuten. Sin embargo, cada vez eran más frecuentes e incluso un día fue a más. En uno de nuestros enfrentamientos me dio una bofetada y me empujó hacia atrás. Nunca olvidaré lo que sentí en ese momento. Estaba asustada, dolida y paralizada. Me miró con dureza y a los segundos se relajó un tanto. Se acercó a mí,

me ayudó a levantarme y me abrazó. Me susurró una disculpa en el oído. Sin poder evitarlo, lloré.

Pensamos que tener un niño sería la oportunidad perfecta para olvidar lo que había pasado y empezar de cero. Dos años después, un bebé precioso correteaba por nuestra casa. Su pelo era de color castaño y sus ojos azules eran capaces de atravesar la mirada hasta llegar al alma. Sin embargo, era yo quien se aseguraba de que no le faltaba nada.

Muchas noches me quedaba despierta hasta altas horas de la madrugada esperando a que él se dignara a aparecer. Siempre me ponía excusas para justificar su ausencia y me traía regalos para que lo perdonara. Volvieron las discusiones y nuevamente me agredió. Sabía qué estaba pasando, pero no quería aceptarlo. No podía perderlo, le amaba. Por tanto, soporté aquella situación diez años más llorando por las noches y sonriendo por las mañanas para que mi hijo tuviera una infancia feliz.

Volví a quedarme embarazada con la esperanza de que un segundo hijo curase todas las heridas que había en mi matrimonio. Fui tan estúpida al creer eso. A él no le importa cuántos hijos podamos llegar a tener. Llevo cuatro meses de embarazo y sigue maltratándome. Dice quererme, pero sé que no es verdad. Me arrepiento de haberme dejado llevar por el amor que sentía hacia él y no pedir ayuda cuando pude hacerlo. Ahora ya es tarde.

Acaba de terminar mi jornada. Recojo mis cosas y me marcho.

* * *

Menos mal que ya han acabado las clases por hoy. Cuando estaba al principio de las escaleras al terminar la última hora, me han empujado y las he bajado rodando. A continuación, aprovechando que estaba tumbado en el suelo, me han dado patadas y puñetazos. Y por si fuera poco, han cogido mi mochila y la han vaciado en la papelera del patio.

Ahora estoy sentado en el autobús mirando por la ventanilla, aunque solo veo por el ojo derecho. Supongo que cuando llegue a casa le diré a mamá que me he tro-

pezado por las escaleras y me he caído. No quiero que se preocupe por mí. Ella no lo sabe, pero descubrí que papá la maltrata.

Una noche estaba en mi habitación durmiendo cuando escuché voces. Estas me despertaron y me levanté para ver de dónde procedían. Venían de la habitación de mis padres. La puerta estaba entornada y me asomé. Mi madre estaba sentada en el suelo rota de dolor mientras mi padre, de espaldas a mí, la golpeaba y le gritaba algo que prefiero no recordar. Rápidamente regresé a mi habitación aterrado. Me acosté en mi cama y lloré toda la noche en silencio para que no supieran que los había visto.

El autobús se ha detenido, acabamos de llegar a la parada. Al bajar, me dirijo hacia casa con dificultad, pues aún siento el dolor en mis piernas.

Abro la puerta con las llaves y entro en el portal. Escucho gritos e ignorando el dolor, corro escaleras arriba. Está volviendo a pasar.

* * *

Un día más, regreso a casa después del trabajo. Respiro, abro la puerta y entro con paso decidido. Suspiro aliviada al ver que todavía no hay nadie.

Voy al aseo, me desmaquillo y observo mi rostro al desnudo. Sin embargo, bajo la vista, no puedo verme así. Siento una patada en mi vientre y coloco una mano encima. Tengo que huir con mis hijos, no merecen la vida que les espera. Noto como unas manos agarran mi pelo y me estiran hacia el suelo. Caigo de espaldas fuertemente y por un momento me he quedado sin respiración. Por mucho que intento escapar no lo consigo, me tiene sujeta y siento que algo se ha roto dentro de mí. Mi vista se nubla. Lo último que escucho antes de perder el sentido es su voz, maldiciéndome...

Puedo escuchar miles de palabras retumbando en mi cabeza repitiendo una y otra vez conversaciones tan familiares...Me incorporo lentamente. Estoy encerrada en una habitación oscura. Tengo miedo. Al borde de la desesperación comienzo a golpear las paredes a voz en grito con la mínima esperanza de que alguien pueda oírme. Un hilo de sangre me araña la mejilla izquierda y vuelvo a marearme. Las lágrimas

comienzan a brotar de mis ojos en vano. Veo un resplandor rojizo y un olor desagradable. Me acerco hasta el lugar de donde proviene y descubro que se trata de fuego. Alarmada busco algo con lo que pueda apagarlo. Maldita sea, todo está demasiado oscuro. Tropiezo bruscamente y me caigo. Siento una punzada de dolor en el costado, creo que me he clavado un cristal. El fuego cada vez aumenta más y todo comienza a arder de una forma exagerada. Estoy acorralada por las llamas. Me siento encarcelada. Necesito huir...pero ya es demasiado tarde.

Abro los ojos por última vez y veo su cara muy cerca de la mía. Sostiene una botella rota con una mano y con la otra me tapa la cara.

- Siento mucho tener que hacerte esto amor mío y aun así sé que esta es la única solución para protegerte y que las personas no puedan hacerte daño. Recuerda que te quiero.

Está dejando de entrar aire en mis pulmones. Lo único que se filtra por ellos es el asqueroso olor a tabaco que desprenden sus manos. Sé que este es el fin. Mi último pensamiento va dirigido a mi hijo. Me hubiera gustado despedirme de él y haberle regalado un último "te quiero". Puedo notar como mi vida y la de mi bebé se van apagando lentamente. Ya no tengo fuerzas para seguir luchando. La muerte es demasiado atractiva. Mi corazón ha dejado de latir.

* * *

Sigo corriendo lo más rápido que mis piernas me permiten. Llego a la cuarta planta y me paro en seco. Mi casa está ardiendo. Hay vecinos alrededor hablando entre ellos sin hacer nada por intentar salvar a mi madre. Doy unos pasos hacia delante dirigiéndome a la puerta. Una mujer me coge de un brazo para impedir que haga una locura. Me giro bruscamente para soltarme y finalmente lo logré. Escucho sus gritos de advertencia para que no entre, pero los ignoro. Sigo caminando hasta adentrarme en el fuego y busco huecos por los que poder pasar sin quemarme.

Observo todo lo que está a mi alcance. De repente una oleada de recuerdos invade mi mente. Me cuesta creer que en esta casa fue donde me crié.

Me tapo parte de la cara con las manos para evitar respirar el humo. Al fondo veo a mi padre y voy hasta él. Nos miramos.

- Hombres como tú no merecen mujeres como mi madre. No creas que eres valiente por todo lo que has hecho. Solo has demostrado ser una persona repugnante, si es que se te puede considerar una persona. No mereces si quiera que te llame padre. Te odio.

Entro en la habitación donde antes se encontraba el comedor y veo una figura tendida en el suelo. Me tumbo junto a ella y la abrazo. Mi vida se escapa lentamente sin importarme. Mi lugar está donde esté mi madre. Susurro un "te quiero" aunque nadie vaya a escucharme. Coloco una mano sobre su vientre, cierro los ojos y sonrío. Al final, nuestro infierno ha acabado envuelto en llamas. Pronto estaremos juntos de nuevo.

Lorena M^a Lucas Robles